

La heroína de las palabras

Víctor Pliego

¡CUÁNTA pasión hay detrás de un libro! Incluso detrás de un diccionario, aparentemente sencillo y servicial, podemos descubrir fervores insospechados. El diccionario es el título de la una obra teatral escrita por Manuel Calzada Pérez, puesta en escena por el Teatro de la Abadía y Anadramápete, bajo la dirección de José Carlos Plaza. Tiene como protagonista a María Moliner, una bibliotecaria que emprendió después de cumplir los cincuenta la gigantesca empresa de escribir un diccionario más ordenado y preciso que el de la Real Academia.

Su proeza podría parecer locura, pero era, sobre todo, amor al lenguaje y a la libertad de pensamiento. María es una heroína de la cultura que, gracias al teatro, se transforma ahora en una leyenda.

Resulta delicado convertir a una persona real, cuya existencia es aún cercana, en un personaje teatral revelando públicamente aspectos de su intimidad, de su carácter y de su penosa enfermedad. Su seguridad podría parecer soberbia, su lucidez enojo y su minuciosidad intransigencia, pero fue todo lo contrario: una mujer sensible, modesta, tenaz y excepcional.

La pérdida progresiva del habla en sus últimos años resulta especialmente dolorosa y se convierte en un elemento esencial de la dramaturgia. Las palabras que coleccionó con tanto mimo se fueron desvaneciendo progresivamente, según avanzaba la dolencia.

La función está bien documentada sin que ello lastre la acción, y termina por convertirse en un homenaje a María Moliner, exquisito y que está más allá de las precisiones o libertades narrativas. El asunto elegido es arriesgado pero muestra una épica inesperada. Calzada consigue despertar con su texto la curiosidad y el interés por el trabajo de la discreta diccionarista; la puesta en escena de Plaza es austera, eficaz y transportable, así que le deseamos éxitos en muchas plazas y algún premio a la gran actriz que es Vicky Peña. Su trabajo encarnando a la bibliotecaria y lexicógrafa resulta sobresaliente, fantástico, sutil y completamente creíble. Está inmensa y muy bien secundada por Helio Pedregal, como médico, y Lander Iglesias, como marido.

Todos reciben muchos aplausos que, sin duda, también están destinados en gran medida a María Moliner. Hay en las ovaciones un reconocimiento a su labor, pero también al de toda una generación de mujeres comprometidas con el progreso y con la cultura que fueron duramente castigadas por la guerra y por la dictadura.

La vida y obra de Moliner son ejemplo de supervivencia a través del trabajo intelectual y de unos profundos valores éticos. La pasión de María por las palabras es la pasión por la libertad y por el pensamiento. Por desgracia, vivió en una época hostil hacía esos dos anhelos. Gracias a las palabras pudo construir un mundo en el que preservar sus principios y vivir felizmente a pesar de todo, combinando el trabajo con el cuidado de su familia.

La representación es un gesto de justicia histórica hacia una mujer “depurada” por el franquismo y que no llegó a entrar en la Academia. Las alusiones a Emilio Alarcos, el gran lingüista que obtuvo el sillón, son tendenciosas pero queda claro que a María Moliner no le preocupaban los laureles: el trabajo bien hecho era su mayor satisfacción. Su magnífica y monumental labor ha conquistado la admiración de los especialistas y con esta función su figura será mejor conocida a partir de ahora.